

repuestas del pánico invencible las destrozadas legiones á la voz animosa de Cayo Marcio, la misma desesperación les presta alientos y les guía á la inesperada victoria, forzando de nuevo á los generales cartagineses á retroceder, y restableciendo el equilibrio que, á pesar de los refuerzos enviados de Roma con el pro-pretor Claudio Nerón poco más tarde (210 *a. Ch.*), no consiguen los soldados del Tíber quebrantar á su favor en España. Había ya no obstante sonado para Cartago la hora de la destrucción y de la ruina; y mientras en Italia se reponía Roma de los descalabros que hacía sufrir Hanníbal á sus huestes, tomaba lleno de santa ira la dirección de los negocios de España como vengador de su familia el joven capitán Publio Cornelio Escipión, á quien más tarde, con los honores merecidos del triunfo, de que tanto abusaron pro-cónsules y pretores luego, discernía Roma el apelativo honroso de *Africano*. Lejos los unos de los otros, formando estratégico triángulo que fingía permitirles la defensa del territorio, y fiados siempre en el apoyo de los naturales, los ejércitos cartagineses ocupaban lugares distintos y á la verdad no los más á propósito para el intento que perseguían, dejando como dejaban desamparada la línea del litoral mediterráneo: Hasdrúbal Barca había con efecto plantado sus reales en la Sierra de Albarracín entre los celtiberos, como para guardar el paso á las comarcas del mediodía de España, á las cuales no era grandemente simpático el nombre de Roma: Hasdrúbal Gisgón ocupaba al occidente la desembocadura del Tajo, y Magón tenía por último su campamento en las columnas de Hércules.

Señora Roma de las regiones trasibéricas, contando con el auxilio de sus aliadas las colonias helénicas de la marina, que llegaban hasta internarse en el país mastiano, no era ciertamente sino muy natural, aunque arriesgado y difícil, que el animoso Escipión intentara como primera medida el privar al enemigo de los cuantiosos recursos con que le brindaba la capital de la España cartaginesa, ciudad floreciente, depósito de vituallas,

arsenal abastado y puerto marítimo de primer orden por el cual se comunicaba con la metrópoli, seguro de que con semejante golpe lograría mejor que en larga serie de combates reducir al contrario. Alentado por la esperanza y guiado de su genio, llegada apenas la primavera del siguiente año (209 *a. Ch.*), y previniendo sagaz todo movimiento por parte de los cartagineses, seguido de sus legiones que componían un total de 30,000 combatientes, marcha desde las bocas del Ebro por la costa acompañado de la escuadra, y en breves días, cruzando por países aliados, que en su ceguedad tenían á la devoción romana dispuestos los desatentados griegos, invade la Contestania y sorprende y ataca á un tiempo mismo por mar y tierra á Cartago Nova, guarnecida sólo por escaso presidio. Hállase la ciudad levantada en la estrecha lengua de tierra que avanza por la rada; defiéndenla su posición y la fortaleza de los muros que la ciñen; mas la acometen á la vez y por tres distintas partes las galeras que gobierna Lelio, y la amenazan desde tierra las legiones que dirige Escipión en persona, sin dar tregua ni reposo á los soldados que acuden valerosos al peligro y coronan armados las murallas. Maravíllase Magón, gobernador y jefe de la plaza, de lo brusco é inesperado de la embestida y de la presencia de los romanos que supone destruídos por las huestes de Hasdrúbal Barca; comprende que todo socorro está lejano, y se decide sin miedo á la defensa. Pelean con bravura los cartagineses reforzados por los ciudadanos que toman también las armas en tan apretado conflicto; intentan á la desesperada una salida que rechazan impávidas las tropas tiberinas; y conociendo Escipión la urgencia del caso y la falta de tiempo para formalizar el sitio, lanza sus legionarios al asalto para atraer la guarnición hacia la parte de tierra. Cuando, logrado el objeto, en la hora del reflujo queda en seco una parte de la playa, desatendida en su natural aturdimiento por los cartagineses, dispone decisivo ataque por aquel punto, y pasando á él por el otro extremo de la ciudad un destacamento provisto de escalas, se apodera triun-



fante de la plaza en un solo día, y obliga á Magón á capitular desde la ciudadela.

No de otro modo, sin grave esfuerzo ni peligro, burlando activa y diestramente la sagacidad de los generales púnicos, cuyo primer cuerpo avanzado espera todavía en las fuentes del Tajo la presencia del enemigo para aniquilarlo, penetra Roma en el corazón de los dominios cartagineses, priva á sus ejércitos de la base de sus operaciones, y les arrebató aquella ciudad que les servía de emporio y se enorgullecía con ser la capital de la Península: con ella, caen también en manos de Escipión hasta setenta y tres barcas de transporte; se hace dueño del material de guerra allí acopiado; de inmensas provisiones almacenadas, de muy crecidas sumas que ascienden á seiscientos talentos (3.400,000 pesetas), y de los rehenes que responden de la fidelidad de los españoles aliados de Cartago; y en medio del sobresalto y la congoja de la ciudad, lloran diez mil prisioneros el desastre, sin comprender todavía la inacción de Hasdrúbal Barca y el éxito de las romanas legiones en aquella plaza que como inexpugnable reputaron. Coronada por la suerte tan temeraria empresa, aquel país mastiano, sembrado de colonias massalio-tas enemigas del cartaginés y cuyas indicaciones decidieron sin duda á Escipión para acometer su intento,—después de haber doblegado sin recursos la cerviz ante fenicios, griegos y cartagineses, sus dominadores, humillábala de nuevo, reconociendo como señores á los romanos, privadas de todo amparo y de todo auxilio para lo futuro aquellas gentes que no habían sabido conservar íntegra su independencía, y cuyo carácter primitivo dejaban profundamente modificado el trato y el comercio frecuentes con sus alternativos dueños en el largo proceso de los siglos.

Al dolor sin consuelo de Cartago, unía tan señalado triunfo la admiración y el entusiasmo de Roma por el héroe; y prorrogados los poderes al valeroso capitán cuyo ardimiento acababa de herir de muerte á la africana república, mientras veía con re-

gocijo éste desde Tarragona, á donde regresa sin encontrar obstáculos ni enemigos, que todas las ciudades del otro lado del Ebro se someten, y que los príncipes más poderosos de la ulterior España se declaran clientes de Roma, como antes lo habían sido de Cartago, disuelve, dueño ya de las costas, la escuadra, incorporando á sus legiones los hombres que la tripulan, y se dirige fuerte hacia la Bética. Allí, noticiosos del atrevido golpe de Escipión y de sus consecuencias, se hallaban replegados los ejércitos cartagineses dispuestos á la defensiva, y de allí se preparaba Hasdrúbal Barca para pasar al Norte y volar en socorro de su hermano Hanníbal: verificase el encuentro con la hueste de Hasdrúbal en la Oretania, y *Baecula* es el teatro de la lucha cuyo triunfo indeciso se atribuye Roma (1); y en tanto que el cartaginés logra abrirse paso hasta los Pirineos,—batiéndose en retirada, Hasdrúbal Gísgón parte á la Lusitania, y Magón se endereza á las Baleares con esperanza de refuerzos, dejando á Masinisa que recorra y tale sin piedad toda la España. En balde África envía á Hannón con nuevas tropas; en balde la Bética fiel á los cartagineses se defiende: la toma de *Auringi* (Jaén), la segunda batalla de *Baecula*, la conquista de *Astapa*, tan afrentosa para el nombre romano, hicieron imposible toda lucha; y unas en pos de otras las comarcas que riega el claro Betis, la Turdetania, los túrdulos, los selbysinios y los bástulos; se ven forzados á rendirse, como se rinde á la postre *Gades* la fenicia, sin que puedan impedir la derrota de Cartago ni la gloria de Roma, las sublevaciones que á deshora colocan á los españoles frente á frente de sus nuevos dominadores, y que dan á Escipión pretexto para mostrarse una vez más con aquellos generoso y grande.

«Treinta años padece España la contrastada servidumbre

(1) Las ruinas de esta pequeña población situada en las fronteras de la Bética (Sierra-Morena), se muestran en el despoblado dicho *Úbeda la vieja*, inmediato al puente de Úbeda, á siete millas de Baeza.



cartaginesa (236-206)»; trece luchan las legiones del Tíber en España; y al fin, la Península, dividida, sin unidad, sin alientos propios, caía á los pies de la orgullosa república romana, que se digna inclinarse para aprisionarla con las férreas cadenas del esclavo!



### CAPÍTULO III

La región de Murcia y Albacete bajo la  
dominación de Roma — Los vándalos  
Los suevos

**L**IBRE está ya la España del yugo de Cartago: gozosos con el triunfo de Roma se muestran los helenos: nadie habrá en adelante que se oponga, con la visible protección de la república victoriosa, á que sean los descendientes de phoceos y de jonios quienes exploten y para sí beneficien las riquezas de la Península, aprovechando cautelosos para ello el estado en que sus incautos habitantes viven; pero el risueño cuadro que contemplan con sin igual deleite los desvanecidos y crédulos aliados de Roma, se trueca en breve, con sangriento dolor y manifiesto asombro, en amargura. Ni ha interpuesto su